

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA LEÓN 2006

No soy leonés, pero me considero parte de esta tierra, a cuyo cariño trato de corresponder con entusiasmo y entrega. Lo he hecho a lo largo de un tercio de siglo, en la feliz convivencia humanística diaria con mis alumnos del instituto de Veguellina y del LEGIO VII, un recinto de inesperada armonía en tiempos de tanta conflictividad. No estoy seguro de haber conseguido enseñarles muchas cosas, pero no tengo duda alguna de que muchas sí he aprendido yo de ellos. Y lo he hecho también, a lo largo de casi mil semanas, desde las páginas de nuestro suplemento “Filandón”. En ellas he tratado de descifrar el palpito de las publicaciones literarias leonesas. Todo ello me permite presentarme ante ustedes con un razonable fundamento de pasión por todo lo leonés. Dios quiera que esa pasión por esta tierra me sirva de lámpara espiritual que ilumine mis palabras. No es fácil seguir esa andadura en estos tiempos de tribulación. Tiempos en los que tecnologías deslumbrantes y horizontes de desconcierto ciegan a la criatura humana, perdida tantas veces en las zozobras de la soledad. Tal vez nunca el hombre estuvo más desasistido: más necesitado de asideros a los que acercar sus manos buscando la esperanza. Lo refleja con dramático lirismo Victoriano Crémer en sus versos:

*El hombre entero
Se hace de cosas repetidas: días,
Caminos sin azar, dulces encuentros
En el amor-costumbre, y el trabajo
De vivir, poco a poco y sin remedio.*

*(A veces, una flor, casi unánime, construye
ante los ojos el asombro, acaso el beso
se disfraza de dicha insospechada,
o levantamos la mirada al cielo.)*

*pero el hombre regresa a lo que sabe,
a lo que conoce...*

*Tiene miedo
de su torpeza de animal errante
por los mismos senderos...*

*Y si Dios le reclama, desde abajo,
Metido tristemente en su agujero,
Rehúye la llamada, porque tiene
Miedo de Dios, si no le lleva dentro.*

En esta situación de incertidumbre resulta reconfortante descubrir cómo la Semana Santa se convierte en fresco hontanar en los eriales de la vulgaridad diaria. Y, sobretodo, en uno de los mejores elementos para aglutinar la entidad leonesa.

No faltan documentos antiguos alusivos a la vida de Cristo. La consulta de un libro de don Aurelio Calvo me ha descubierto referencias legendarias. Se trata de la obra *Semanas Santas leonesas – León y la Inmaculada*. Dos conferencias pronunciadas por el autor ante el micrófono de radio León en sus emisiones culturales y avaloradas (sic) con gran número de notas histórico-biográficas y fotografías alusivas. León, 1937-1938. La obra aparece precedida de un bello lema del *Eclesiastés*: No des al olvido las tradiciones de los ancianos. Ellos las heredaron también de sus mayores.

No puedo dar fe erudita de algunos documentos, pero tienen aspecto de fiabilidad. Según el autor, en la Biblioteca Nacional, en la sección de Papeles curiosos, hay un documento en el que se puede leer: Los gentiles que pusieron por intercesor a San Felipe para hablar con Cristo, eran españoles, y de la casa de los Quiñones. Y agrega otro manuscrito, Un caballero de los de esta familia de Quiñones vendió un quiñón de tierra en León para ir a Jerusalén a visitar a Cristo Nuestro Señor, y de aquí les quedó el apellido:

Visité Cristo y a su madre // y a costa de mi Quiñón // di a España el mejor blasón.

Los documentos del pasado esconden siempre sorpresas, como los textos de un programa de 1954, de curiosa retórica y ... de cierto sabor andaluz:

¡Semana Santa en León ¡ La mañana está limpia; casi duele a fuerza de claridad y transparencia. Parece como si tu despertar, su largo desperezo, su tierno sollozo inicial, previniera la trascendencia de este día de Pasión.

El sol arranca reflejos extraños, y sus lanzazos hieren con violencia los tejados. La ciudad rebrilla como un ascua. Las calles, enarenadas, se han revestido de los atributos característicos de lo español: sol, arena y la dramática angustia del día, en el que, a pesar de su cabrilleo, parece sentirse la honda palpitación de la sangre de Cristo derramada.

Y, desde las primeras horas de la mañana, cruzan la ciudad los oscuros garabatos de los “papones”, presurosos, cubiertos por el chato capillo, y en la mano la esbelta cruz graciosa, coronada por simbólicos oros. Su paso tiene algo de desatinada fuga. Así, solos, desencajados de la procesión, parecen extraños seres arrancados de las sombras de la noche, a quien el alba sorprendiera en plena calle.

.....

No es posible establecer comparación. La Semana Santa leonesa posee un encanto severo, entrañable, ajeno a la misma organización de sus procesiones y del que sus “pasos” no son sino como una casual o accidental expresión gráfica.

Sevilla tiene un encanto externo, hecho de magnificencias, de “cante” y de colorismo. Valladolid posee el maravilloso Fundamento de sus imágenes, las más extraordinarias de la imaginería castellana. Es decir, de la universal expresión artística de la fe. Todo ello contribuye de manera decisiva a imponer un tono, un ambiente...

León, no. León lo lleva en sí y lo derrama a su alrededor, fundiendo en él a cuanto gira en torno de las procesiones.

Resulta curiosa la insistencia en la gran cantidad de labriegos que visitan las procesiones.

*De ahí este bello romance:
Labriegos sin sol ni brisa
Le van siguiendo los pasos
-Cristo atado a la columna-
en éxtasis teresiano.
Camino de lirios rotos.
Sol en migas. Cielo alto.
En las azules barandas
Hay un revuelo de santos.*

*Labriegos de dura crin
Le van siguiendo descalzos.*

En el mismo programa aparece otro texto, alusivo también a lo andaluz, obra de Luis Alonso Luengo:

El azul castellano da, al Divino Dolor, relieve y norma de volumen. El aire andaluz crispa el llanto en el sonido de las músicas y las saetas. Calla Castilla, esfinge en sus imágenes. Suena Andalucía, musical en sus lágrimas. Sólo en León, la crispación de lo trágico se hace línea y color en la luz.

Pero dejemos historias legendarias y visiones costumbristas. El presente constituye un campo idóneo para la reflexión. Pocos fenómenos sociales sintetizan con mayor plasticidad la armonía del rancio pasado leonés con el abigarrado y bullicioso momento de estos tiempos convulsos, de inexplicable incertidumbre. De ahí nuestra responsabilidad como leoneses: Somos herederos de un mito secular, conservado con pasión, vivificado con el sentimiento en el que disipan las diferencias sociales,

igualando a los hombres. La Semana Santa es un crisol de sentimientos y actitudes en el que se funden y purifican formas diversas de entender de forma misteriosa, el espíritu religioso. Pasos y ritos hermanan a leoneses.

El hombre de estos tiempos pudiera suscribir lo que escribió Juan Ramón, poeta poco caritativo por otra parte:

*Lo que Vos queráis, Señor;
Sea lo que Vos queráis.
Si queréis que entre las rosas
Ría hacia los matinales
Resplandores de la vida,
Sea lo que Vos queráis.
Si queréis que, entre los cardos,
Sangre hacia las insondables
Sombras de la noche eterna,
Sea lo que Vos queráis.
Gracias si queréis que mire,
Gracias si queréis cegarme;
Gracias por todo y por nada;
Sea lo que Vos queráis.
Lo que vos queráis, Señor;
Sea lo que Vos queráis.*

El inexorable paso del tiempo

De todos es sabida la pasión que Unamuno mostró por nuestra ciudad. Unamuno expresó de forma gráfica el trasfondo de los pueblos, que, en su humilde anonimato, marca, sin embargo, el ritmo del devenir humano:

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol.

Pero... Todo lo que vive en la línea del tiempo, envejece, escribe José Luis Puesto. Y el envejecimiento conduce inevitablemente a la muerte y a la desaparición (...) de ahí que el ser humano recurra a ritos y celebraciones con el fin de levantar un muro contra la muerte y de renovar y regenerar la vida de continuo.

La religión cristiana ajusta el año a un orden pasional. Es difícil entender la vida humana sin el asidero de celebraciones religiosas; sin esa misteriosa religación (religión) con lo Absoluto: ciertos ciclos festivos marcan gozosamente la vida de los hombres: no hay duda de que Navidad y Semana Santa forman el eje básico de esta esfera armilar que es la vida humana.

Frente a la **Navidad** (tiempo de invierno, de recuerdos infantiles, en los que aletea titubeante la nostalgia) **La Semana Santa** ofrece esperanzas más vivas. Es el tiempo nuevo que renace con los primeros indicios de la primavera: hay recogimiento, fervor, pasión y muerte, pero...la resurrección reaparece de forma alborozada. El sentido cruel del tiempo fugit no tiene cabida en este caso. Porque en el fondo, como escribió Julio Llamazares... De todos es sabido que el tiempo no posee otra grandeza que su propia mansedumbre.

Todo ello ocurre en la primavera, que bate sus tímidas alas en estos días de la Semana Santa, un tiempo lírico que le ha permitido escribir a Carmen Busmayor: ¿A qué aldaba soberana llamará el viajero que sale de su casa con // el rumor de la primavera en las orillas de la noche y un diminuto // brillo en la mirada, sin ventura...?

El mes de abril es el anuncio de la llegada real de la estación. Basta observar el calendario románico de San Isidoro, una de las primeras y más bellas representaciones medievales de los meses del año. En el grabado correspondiente a abril, la criatura que porta dos ramas en sus manos es posible que sea símbolo de lo que Frazier denomina el matrimonio de la vegetación, tan conocido en algunos pueblos leoneses. Parece evidente su reflejo de la celebración de las Rogativas, fiestas que don Antonio Viñayo considera que sustituyen “antiquísimas prácticas de culto a la vegetación”

Estas tierras nuestras son afortunadas. Son cofre delicado que guarda misteriosas parcelas de la historia y de la vida. El paso de los siglos ha ido cubriendo la ciudad con la pátina del tiempo. Con ese musgo imperceptible que suaviza la acritud de sus perfiles y dota de extraño fulgor a sus sombras inertes.

Un misterioso palpito leonés

Frente a la Navidad, La Semana Santa ha ido enriqueciéndose en sus manifestaciones a través del tiempo: documento, actas, libros, textos de cofradías, esculturas---representan una sugestiva y compleja diacronía. Abundan las muestras, palpables en entusiasmo con el que niños y adolescentes prestan su fuerza juvenil a estas celebraciones.

Por eso, es emocionante también descubrir la aparición de **cofradías femeninas**. Todos somos conocedores de los tiempos que vivimos. Y lo somos también del papel de lo femenino en las ceremonias religiosas. Pero sobretodo...somos conscientes de la belleza y tradición de ciertas Vírgenes. Nadie puede discutir su atractivo social y su

prestancia estética. ¡Cómo no admitir cofradías femeninas que esencializan el mismo sentido religioso!

Toda la brillantez externa no hubiera sido posible sin la presencia de un mensaje cristiano, latente tantas veces.

Sin un peculiar sentido de la metafísica del dolor como fundamento religioso de salvación, como ha escrito Alfonso García, la Semana Santa leonesa nunca hubiera alcanzado estos esplendores. Lo dejó escrito en versión lírica el astorgano Leopoldo Panero en su poema “El templo vacío”:

*No sé de dónde brota la tristeza que tengo.
Mi dolor se arrodilla, como el tronco de un sauce,
Sobre el agua del tiempo, por donde voy y vengo,
Como fuera de madre, derramado en el cauce.
Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú sabes
Cómo soy. Tú levantas esta carne que es mía.
Tú esta luz que sonrosa las alas de las aves.
.....
Lo mejor de mi vida es el dolor. ¡Oh lumbre
Seca de la materia! ¡Oh racimo estrujado!
Haz de mi pecho un lago de clara mansedumbre.
¡Señor, Señor! Desata mi cuerpo maniatado.*

La Semana Santa es el libro vivo que cada año recrean los leoneses, con su fervor, reflejo de latidos humanos milenarios. El pasado, el presente y sin duda el futuro tienen reflejo en estos actos. La Semana Santa está presente a través de ritos y símbolos que aparecen siguiendo una clara gradación. Como la primavera manifiesta llega con la presencia de tímidos brotes y aisladas florecillas...la ciudad empieza a respirar color semanasantero con la aparición de carteles que, escasos, al principio, cubrirán de abigarrado cromatismo calles y recitos. Son el hálito primero de manifestaciones diversas que encuentran su apogeo en representaciones tan solemnes como el Auto Sacramental de la Pasión. O conciertos de corales y bandas. Todo ello, acompañado de conciertos muestras oratorias y ceremonias religiosas.

Resulta curioso recordar la historia del pasado y de forma concreta la literatura en la que encontramos tantos documentos. Recordemos uno, del que es autor un salmantino que halló excelente acogida en nuestra ciudad.

Me refiero a Juan del Enzina (1468-1530), personaje pintoresco. Salmantino de nacimiento, alabense como autor de teatro, leonés como músico...es la síntesis perfecta de un Renacimiento incipiente. No falta la presencia de la Cuaresma que, como casi siempre, le sirve de pretexto poético. Eso es lo que ocurre en el poema LXXIX, “Juan

del Enzina a su amiga en tiempo de Cuaresma”. Se trata en el fondo de un poema de amor, que Juan del Enzina adorna con referencias religiosas. Mejor, justifica su olvido de Dios, por el recuerdo de esa mujer:

*Confesad que me causáis
Que por serviros a vos,
Vos que tanto me penáis
Por ganar que me queráis
Olvido servir a Dios. (...)
A vos debe Dios culpar
Las culpas de mis errores,
A mí debe perdonar
Y apartarme de os amar
Y a vos daros mis dolores;
Vos me ponéis mil temores,
Vos me quitáis el temor,
Vos favor y desfavores,
Vos me metéis en amores,
Vos me mostráis desamor.*

Nada sería el hombre moderno sin el apoyo del pasado. Muy poco sin las señas de identidad que los siglos han dejado grabadas en la memoria, pero también en la eternidad de la piedra de nuestros monumentos. Uno siente a veces el íntimo temor de que no seamos conscientes de esta riqueza. La costumbre de vivir entre tesoros seculares puede enturbiar nuestra mirada. Nos cuesta trabajo imaginar que los muros de San Isidoro, los vitrales de la catedral, los canecillos de Nuestra Señora del Mercado, los desnudos muros de la iglesia de Palat del Rey...mantienen los ecos de un pasado milagrosamente llegado hasta nosotros.

De aquellos esplendores se nutre aún la Semana Santa, que nos lleva de las aceras a las estrellas. Callejuelas humildes, plazas recoletas, rincones inesperados...sirven de escenario en el que cobra vida esta representación religiosa que transforma la ciudad. Mas la ciudad reduce su gesto al ascetismo. Un sentido vitalista de lo religioso lleva a los leoneses a disfrutes menos sublimes que lo espiritual. El esfuerzo de estos días, la tensión de ciertos momentos y, no lo olvidemos, un sano afán placentero por revivir tradiciones populares...presentan un haz y un envés incuestionable. La almendra religiosa aparece recubierta por sanos entretenimientos gastronómicos: rotundos potajes de garbanzos, recios bacalaos, escabeches de tino, patatas con congrio, huevos con pimentón picante... y otras delicadas y finas fruslerías y zarandajas gastronómicas hacen más llevadero el dolor de estos días de pasión y la puja o la contemplación de los pasos. A fin de cuentas... no sólo de pan vive el hombre.

Y, puestos a vengar a Cristo, vayamos a “matar judíos”. Y uno se pregunta...¿Qué sería de tantos cristianos, en este comienzo de la primavera, si los judíos no hubieran consumado semejante deicidio?

La ciudad es nueva en estos días que llegan y nueva debe ser la mirada de quien la contempla. De quien contempla esta ciudad transformada por la esa **teología de la emoción**, que, en expresión de Alfonso García, respondía a una transformación del paisaje urbano a través del silencio, del recogimiento, de la sobriedad de músicas y gestos.

Las procesiones, un fenómeno histórico y religioso

No es fácil la interpretación de un fenómeno humano como el de las procesiones, de múltiples significados: desde la mirada ingenua del viajero foráneo (en cuya faltriquera psicológica y, desgraciadamente, en su corazón, sólo hallan cabida la preocupación por el tipismo o el folklore) hasta la del cristiano sincero que ve en todo ello un reflejo de los hechos evangélicos. Entre ambos extremos surge toda una serie de actitudes, humanas, estéticas, teológicas...

El tiempo de occidente se ajustó durante siglos a la biografía de cristo, convirtiéndose en soporte antropológico y humano de la cristiandad europea. De ahí el afán por revivir a través de la liturgia los momentos claves de la vida del Salvador: el nacimiento y la muerte. El solsticio de invierno y el de primavera, a fin de cuentas. Las procesiones celebradas en las girolas de las catedrales, dejaron paso (con el espíritu del Concilio de Trento y de la Contrarreforma) a las procesiones por las calles. La Iglesia triunfante del Barroco convertía a la ciudad en una nueva **Jerusalén**: esa una nueva Jerusalén que (de los sentimientos de dolor de la Semana de Pasión) resurgía, en el luminoso Domingo de Resurrección, fulgente y esplendorosa.

Lo milagroso es que todo este ceremonial de los oscuros siglos medievales, o de la brillantez barroca, resurja en estos tiempos con semejante fastuosidad y brillo. Con la Iglesia y las cofradías como pilares básicos: la Iglesia alimenta el sentimiento personal y las cofradías dan testimonio externo de ello. No hay que olvidar el clima espiritual y humano que albergan las cofradías y, de forma especial, las procesiones. Las procesiones son el río en el que desembocan los arroyos humanos y religiosos. El Sábado Santo acaba transformando en el estuario donde halla cobijo una suerte de vivencia colectiva. Pero todo este viaje religioso nunca sería posible sin la presencia de

las cofradías, barcos de la esperanza y de los entusiasmos de los cofrades. Para ellos la Semana Santa es el zénit humano y religioso de su horizonte vital.

Todo leonés que se preste debería leer con detalle la prolija y sugestiva información que ofrece, en los capítulos XXX y XXII, la obra **RESUMEN DE LAS POLÍTICAS ceremonias, con que se gobierna la noble, leal, y antigua ciudad de León, cabeza de su reyno. RECOPIADAS por don Francisco Cabeza de Vaca, marqués de Fuenteoyuelo, su capitular. En Valladolid, año de 1693.**

La devoción por sus imágenes y un curioso atavismo de vivencias personales transforman al cofrade a quien el hábito niega su personalidad pero le da cobijo reconfortante a través de la compañía de muchos “anónimos”.

El cofrade se siente parte activa en esta transformación urbana, en esta nueva Jerusalén, que provoca intensos sentimientos en quien la contempla. En el fondo, la procesión es una representación teatral que incluye delicados elementos: se representa... la pasión de Cristo, la renovación de la naturaleza con la primera luna llena de primavera, el divino modelo del sacrificio del justo, y ... el poder de la Iglesia. Esta representación, plena de sentido religioso, sirve de misteriosa catarsis, de limpieza sutil de ciertas preocupaciones.

León, nuestra ciudad, es espacio ideal para el recogimiento. Nada importa que los espectadores conozcan los detalles y el desarrollo de la procesión. En estos días, los leoneses son distintos y León, su ciudad, una urbe misteriosamente transformada. Ese conocimiento es el elemento que refuerza los efectos dramáticos. Los leoneses esperan revivir el símbolo de una identidad invariable a lo largo de los siglos. Al contemplar los pasos, se está renovando una fuerza espiritual y antropológica, cada vez más necesaria en tiempos de zozobra. No se está recuperando a una arqueología acartonada y polvorienta. Cada año brotan los universales del sentimiento, distintos pero los mismo en esencia. Parece que todo este milagro artístico de la imaginería sólo es posible en su confirmación mística... con la luz natural, bien sea en los tímidos albores de la mañana o en el eco de los arboles del atardecer. De la identificación con lo sublime brota la pasión por las tallas artísticas, símbolo de hondos sentimientos. La imaginería sacra tiene su manantial cristiano en **la cruz**, como cantó León Felipe, ansioso por hallar la desnudez plástica:

*Hazme una cruz sencilla
Carpintero,
Sin añadidos
Ni ornamentos...*

*Que se vean desnudos
Los maderos,
Desnudos
Y decididamente rectos:
Que no haya un solo adorno
Que distraiga este gesto,
Este equilibrio humano
De los mandamientos...
Sencilla, sencilla:
Hazme una cruz sencilla, carpintero.*

Lo cantó con emoción también don Miguel de Unamuno en su poema “Árbol”:

.....
*Así del leño de la cruz prendidas
Tiemblan, pobres, las almas al hostigo
Del cierzo de la sima tenebrosa,
Que lleva en vilo su temblor sonoro,
Cual “miserere” de las secas hojas,
Sollozos de pasión que en sí no cabe.
Forman las almas el follaje prieto
Del árbol de la cruz, por él unidas
En hermandad de amor, y se estremecen
En corro a la cabeza coronada
Por la melena, negra cual la noche,
Del blanco Nazareno; y cuando, al cabo,
El cierzo del abismo las arranca
De la copa del árbol misterioso,
Van a caer rodando por el pecho
Blanco del Cristo, y a su pie se pierden
En el río de sangre que las lleva
De la vida eternal al mar sin fondo.*

A partir de la cruz surgen toda una serie de derivaciones plásticas, ante las que el ser humano adopta inesperadas actitudes, entre la estética y la devoción. Muchos viajeros europeos sintieron un extraño desconcierto ante esta imaginería. Doña Emilia Pardo Bazán contempló con mirada perspicaz este fenómeno cuando afirmaba que para la devoción de sus paisanos eran necesarias estas imágenes semivivas, que sangran y casi alientan. Antonio Gamoneda lo ha expresado de forma lírica:

*Dios extendido, longitud sagrada.
Duerme envuelto en su sangre, Derramado
Bajo la noche, Jesucristo duerme,
Descansa como un niño atormentado.*

*Aquí ataron las manos de gregorio
Fernández cierta lentitud terrestre
A los huesos de Dios. Veo la boca
Donde pastan la luz y las tinieblas:*

*Miro los brazos de marfil y espino,
Fugitivos y largos como ríos
Que vana a su morir, y a la corona
Hirviente aún de los cabellos: furia
Serpentina de Dios, dios derrotado.*

(Exentos II, p.163)

Algunos de los viajeros piensan que la crueldad puede generar no devoción sino odio hacia los perseguidores de Cristo, esos horribles sayones y verdugos que a los mayores tanto nos impresionaban en nuestra infancia. Dudo mucho de que el querido poeta salmantino Gabriel y Galán conociera la obra de León Godard, pero interpretó este mismo sentimiento, plasmado en la sensibilidad infantil en su popular poema “La pedrada”.

El niño (indignado ante la crueldad del sayón con Cristo) lanza una “pedrada” que da con la cabeza del sayón en el suelo. Indignados y sorprendidos los aldeanos preguntan al rapaz:

*¿Por qué, por qué has hecho eso?
Y él contestaba agresivo,
Con voz de aquellas que llegan
De un alma justa a lo vivo:
-¡Porque sí; porque le pegan
sin hacer ningún motivo!*

III

*Yo que con los hombres voy,
Viendo a Jesús padecer,
Interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños ayer?*

Por todo ello, no es arriesgado calificar la Semana Santa como un auto sacramental de la pasión, en el que están inherentes todos los elementos del fenómeno teatral, vivido con la activa participación de los ciudadanos. Se nos muestra también como un museo en la calle. Pero sería asfixiar su hondo sentido si pensamos que estas tallas de la imaginería son sólo motivos de disfrute estético. Hay también en ello una teología del dolor, no necesariamente compartida por todos los seres. Y aflora un sentimiento de extraña e inefable plenitud, captada en versos de gran belleza. Sirva de muestra para ello el soneto “El expolio”, de Máximo Cayón Diéguez:

Ambas manos rehenes de la nada,

*Y la carne cautiva del quebranto.
La mirada velada por el llanto.
Los dados quietos y la suerte echada.*

*La túnica inconsútil y sagrada
Extendida en el suelo sacrosanto.
Paralela al abrojo y al acanto,
Se ve una cruz dispuesta y destinada.*

*Cuatro partes son ya sus vestiduras.
Se acaban de cumplir las Escrituras
Y Cristo nuestro Bien, en solitario,*

*Contempla el instrumento del suplicio.
El Expolio deviene en sacrificio
Sobre el monte pelado del calvario.*

La imaginería es un museo vivo que cambia al ritmo de los tiempos, sin que por ello pierda ni un ápice de su esencia. De ahí que el valor de los tallistas actuales tenga idéntico valor de testimonio. La Semana Santa leonesa es árbol frondoso, cuya corteza, áspera y leñosa, esconde un alma que se vivifica cada año. La alimentan con su aliento los cofrades que dedican apasionados esfuerzos a lo largo del año y la alimenta el fervor popular, palpable ya en los días que preceden a las fiestas de la Semana Santa. Puede que a este árbol de apariencia añosa le aparezcan brotes ajenos. Pero, nada ocurrirá. El árbol absorberá esas desviaciones vegetales y esa rebeldía moderna pasará a integrar la entidad vegetal.

Hay una memoria leonesa colectiva que configura su forma especial de ver el mundo, haciendo de nuestra Semana Santa una forma de ser leonés.

Espacios para el milagro

Las procesiones nocturnas son las preferidas por los cofrades que buscan reflexionar sobre la fe, sin más testigo que uno mismo. Son vivencias religiosas, pero también estéticas. Sublimes, anhelantes por reencontrarse con el misticismo personal. Como ocurre con la experiencia del Camino de Santiago. El paisaje es un camino de ascesis hacia la interiorización. Un pretexto psicológico para encontrarse a sí mismo. El alma ha de encargarse de sublimar lo externo. *Noli foras ire. In interiore hábitat véritas.*

Las ceremonias religiosas celebradas en los templos alcanzan su multitudinaria consumación en el espacio urbano. Las procesiones acaban transformadas en un proceso de misticismo personal. Son camino hacia los espacios reales, pero son, sobre

todo, una mirada hacia lo alto. Los pináculos catedralicios, el azul del cielo o las estrellas nocturnas servirán siempre como delicada vinculación con lo absoluto. Los ecos de las pisadas en los adoquines de las calles, las suelas sonoras sobre la piedra desnuda, el aliento de los braceros, la recia voz del seise ordenando el ¡a brazo! - ¡a orden! Rompen el silencio. Desde el descanso de los recios tentemozos, el eco de la música y el susurro de las plegarias... transforman ese caminar de seres unidos por el fervor. Un rumor que halla su eco en los aleros de las casonas antiguas, que asciende empapando de vida y de sosiego el morrillón de las Cercas. Es un rumor palpitante que trepa por las recias murallas, dulcificadas por la naciente y bella milamores, esa flor cuyos matojos llenan de color rosado los intersticios de los muros centenarios en los comienzos del estío. La correspondencia en el espacio urbano de esos miles de flores que sirven de apoyo, delicado y lírico, al pedestal de las figuras de los pasos.

Flores cuya selección exige rígidas matizaciones cromáticas.. el símbolo de cada imagen impone su color. No hay lugar para la improvisación o el desconcierto. Finalizado el acto, el hechizo se rompe y las flores se convierten en feliz e indefenso motivo de despojo. En motivo de botín floral apresurado, hay como un íntimo e inconsciente deseo de retener la Semana Santa que se marcha. Como intentar la utopía de hacer duradera la belleza de las flores. Pocos sucesos humanos simbolizan con mayor dramatismo y belleza al mismo tiempo, el dramático significado de la fragilidad humana. No se atropa, por tanto, una humilde flor; se guarda un testimonio; se roba con súbita pasión el pétalo de un recuerdo.

El milagro de la Semana Santa (de tantas semanas santas como leoneses la viven) tiene lugar en esta Regio VII, en la que toma cuerpo una sorprendente alegría, una transformación de lo inefable. Por unos días, León ya no es aquella ciudad evocada con desolado pesimismo por José María Merino: Pero esta ciudad que eres permanece agazapada como un viejo felino. No quiere reconocerse en esa premonición desolada y se lame las heridas sin pensar en la muerte, deslizándose con el mismo cuidado su lengua áspera por encima de las memorias verdaderas y de los recuerdos soñados. Es esa misma ciudad de cuyos recuerdos escribe Luis Mateo Díez: No tienen porvenir los recuerdos, en este sosegado placer de la ciudad abandonada, que se escapa más allá de toda memoria, de todo sueño, de toda vida.

Será la vida efímera, pero en ella se consuma el milagro del recuerdo.

La Plaza Mayor, remanso de esperanza

Creo que nuestra Plaza Mayor puede ser considerada como paradigma espacial de esas emociones. Si, como escribió Jorge Manrique,... Nuestras vidas son los ríos // que van a dar a la mar // que es el morir... de alguna forma, la Plaza Mayor es la mar (pero la mar de la vida, no del morir) donde el Viernes Santo desembocan todos los ríos urbanos, portadores de la emoción y el entusiasmo de la buena gente leonesa que enriquece sus cauces.

El barroco del Consistorio contempla la riada humana que halla aquí acomodo afectivo, religioso... casi místico durante unos minutos. En esta plaza cantada con fervor por algún poeta leonés:

*En los limpios soportales
La tradición guarda el polvo
Del trajinar castellano,
Sencillo, hidalgo y honroso.*

*La imagen de una hornacina
En un rincón penumbroso,
Ahuyenta de los refugios
Los espíritus diabólicos.*

*¡Plaza Mayor! ¡Plaza Grande
de silencios filosóficos...!*

*¡Qué hermosa en la noche clara
de azules cielos canosos!*

No quiero correr el riesgo de profanar con mis palabras una de las escenas religiosas más eximias. Porque El Encuentro (como desenlace religioso de la Procesión de los Pasos) es el elemento que mejor aglutina lo vivido estos días. Es el rutilante desenlace de un itinerario que se inicia el Viernes de Dolores, con la Procesión de la Dolorosa, La Virgen del Mercado, la Niña más guapa de esta tierra, asomando su inimitable rostro aceitunado por el pórtico de Herreros, como ha escrito Julio Cayón.

La calle de la Plegaria (con la protección de los muros de San Martín y el rumor de las aguas de la fuente recoleta) sirve de entrada a San Juan, al encuentro con su Madre, que aparece por la calle de Santa Cruz. Once pasos contemplan la escena. Pero lo hacen en discreta lejanía, dispersos por la Plaza, salvo el Nazareno, situado en el centro, lugar de privilegio, al que se le concede el honor de la anticipación cronológica: una hora lleva esperando este momento. No es extraño que Gustavo Adolfo Bécquer se admirara con el sabor religioso de este encuentro.

Nada falta a la escena para erigirse en síntesis de la esencia del fervor leonés en estos días: El azul diamantino del cielo. Las abigarradas techumbres de la plaza, la simetría de los arcos... y al fondo, en el norte (purificados por la dureza de cierzos y soles inmisericordes) los pináculos de la pulcra leonina. La catedral como metáfora de un sentimiento que arrancando del subsuelo de romano de ecos milenarios, inicia su camino hacia lo excelso. Hacia la eternidad que cada año se renueva gracias al sentimiento de los leoneses.

Se consuma la pasión, se consuma la muerte. Estamos de nuevo exprimiendo el significado de la teología del dolor: El grano de trigo debe morir para que renazca la vida. El Viernes de Dolores comienza la sementera última, recoleta, callada, de todo lo que va a morir. El entierro para que el Domingo de Resurrección resucite radiante.

La Plaza de la Catedral sirve de escenario para este nuevo **Encuentro**, el de Cristo Resucitado con su Madre. El del amor sobre el dolor; la vida sobre la muerte. Pero hay un significado especial que los humanos que asisten a un milagro... difícilmente pueden compartir. Han asistido en estos días a la representación del dolor, tan humano, presente en su vida. Tan común a toda criatura. Han visto morir a Cristo-hombre y ven ahora resucitar a Dios eterno. No hay recursos estéticos para el milagro de la Resurrección, tan sublime, tan teológico. Y, tal vez, tan lejano. Ha muerto el hombre, pero resucita Dios.

* * *

Envío final

Lo ha escrito Victoriano Crémer: Las ciudades, como todo en este mundo, porque no hay nada perfecto ni felicidad que cien años dure, se acaban con el tiempo, con el paso de los hombres, con la agresión de los vientos garduños... Pero no todo termina. Quedan ciertas geografías humanas sobre las que sigue flotando un viento de esperanza. Es el viento que alimenta los sueños y la esperanza de los hombres de esta ciudad. Hombres, mujeres y niños que se sienten distintos en estos días de la Semana Santa. Un espíritu especial sobrevuela los espacios centenarios, que, para muchos leoneses, se han transformado en ese jardín simbólico evocado por José Luis Puesto: Ahora que ya se encuentra recogido el rumor de aquellos seres, de aquellas geografías despojadas del tiempo, de aquella pobreza que humanizaba a las gentes, de aquel jardín, de aquel jardín...

...Guarda la llave. Las puertas del corazón, las puertas de la memoria, no deben quedar abiertas a las profanaciones del olvido. Has habitado un territorio que se te dio como un don. Y siempre va contigo. Guarda la llave. Las palabras no pueden traspasar el umbral del jardín. El corazón lo lleva. Guarda la llave, guarda la llave...

No lo olvidemos, queridos amigos. Guardad en vuestro corazón la llave de las vivencias de estos días que llegan. Y de esta ciudad nuestra que les sirve de sagrario. Todo fluye, pero el río de la vida personal es siempre diferente:

***“Las puertas del corazón, las puertas de la memoria,
no deben quedar abiertas a las profanaciones del olvido.”***

***Nicolás Miñambres
León, Primavera de 2006***